

nueva imagen viva de aquellos tiempos de contradicciones y trastornos. Adoptó con vehemencia las ideas innovadoras que iban entonces cundiendo por todos los ámbitos de Europa, y su vida siguió, como era inevitable que aconteciera, las tristes vicisitudes políticas de aquella época de inquietud y de turbación. Arrastrado por las ilusiones engañosas del espíritu reformista, se lanzó sin restricción y sin prudencia en la aventurada empresa de enlazar las libertades canónicas con las libertades políticas, y atacó, en no escasa parte, las potestades eclesiásticas. Llevado de su fogosa índole, fué de aquellos, por fortuna raros, sacerdotes que prefieren á la calma de su sagrado ministerio, la agitación de la vida política. Después de haber sido dos veces diputado á Cortes, emigró á Inglaterra, donde pasó los últimos años de su vida. Allí publicó, en 1825, una interesante autobiografía, con el título de *Vida literaria de don Joaquín Lorenzo Villanueva*. Aunque llama *literaria* á la historia de su vida, esta obra pertenece, más que á las letras, á las polémicas políticas y religiosas de su época. En esta animada relación de sucesos contemporáneos se presentan sin disfraz el carácter, el ingenio y las preocupaciones del autor. Es un libro curiosísimo, muy importante para la inteligencia de la historia literaria, eclesiástica y política de España, en la era que siguió á la revolución francesa.

La audacia de sus opiniones, y el carácter desenfadado ó agresivo de sus escritos, suscitó á Villanueva impugnadores y enemigos, que le causaron acerbos sinsabores. El más inflexible y tenaz de estos impugnadores fué el doctor don Antonio Puigblanch, compañero suyo de emigración, autor de *La Inquisición sin máscara*, hombre de escaso gusto, si bien de extensa erudición. En su prolija, pero curiosa obra titulada *Opúsculos gramático-satíricos*, publicados en Londres, con pretexto de defenderse de Villanueva, ataca reciamente, lastimándolas cuanto puede con las armas de la sátira y de la invectiva, así las obras, como la persona del doctor valenciano.

La saña de los literatos ofendidos no se amansaba ante la fraternidad de la emigración. Las variaciones de opinión hacían, en verdad, á veces, á Villanueva sobrado vulnerable. Por ejemplo, cuando, por los años de 1812, escribía en Cádiz *El Jansenismo, dedicado al filósofo rancio*, ¿quién habría reconocido en su autor á aquel defensor celoso del espíritu nacional, en lo tocante á la religión y á la política, que en 1793 publicaba en la Imprenta Real el entonces famoso *Catecismo del Estado según los principios de la Religión*, sin más objeto, según sus propias palabras, que el de preservar á España del contagio de la revolución francesa?

Estas inconsecuencias no son ni pueden ser raras en épocas de renovación y trastorno. Abandonadas las doctrinas antiguas, mal definidas las doctrinas nuevas, como que aún no han pasado por el crisol de la experiencia, suele hoy verse un campo de gloria donde ayer se veía un abismo.

Cuando, á los veinticinco años de edad (1783), publicó Villanueva su traducción en verso del *Poema de san Próspero contra los ingratos*, declaró que, á pesar del buen éxito de esta obra, estaba resuelto «á hacer frente á la vocación de poeta.» Cuerdo anduvo en ello el fácil y abundante prosador, pues carecía de verdadero estro poético. Sin embargo, muchos años después, confinado al convento de la Salceda por aquel famoso decreto de 15 de Diciembre de 1815, que fulminó las penas de presidio, reclusión y destierro contra Martínez de la Rosa, Argüelles, don Juan Nicasio Gallego y otros ilustres patricios, recobró su amor á las dulces emociones de la poesía. «Entre aquellos peñascos (escribe él mismo en su citada obra) volvió á prender en mi ánimo el fuego poético, que desde mi mocedad había estado envuelto en cenizas. Con rayar ya entonces en los sesenta años, salieron de mi mano composiciones muy vivas y amenas, de que llegó á formar cuatro volúmenes cierta persona á quien las iba enviando.»

Frisaba Villanueva en los setenta años cuando estampaba estas palabras, en que tan desbozado se presenta el engruimiento del poeta anciano. Las poesías, publicadas en Dublin, no carecen de briosa entonación, de ingenio y de sabor castizo castellano. Era don Joaquín

Villanueva, así como su hermano don Jaime, consumado hablista, y con razón le había admitido en su seno la Academia Española antes de que cumpliera treinta y cinco años; pero la continua lectura de antiguos escritores lo había familiarizado de tal modo con el lenguaje arcaico, que, acaso involuntariamente, atesta sus versos de extrañas voces y extravagantes y anticuados idiotismos. Y ¿qué ha de parecer una poesía, aunque abunde en bellos pensamientos, que no puede leerse sin tener á mano diccionarios y glosarios? Lo que es en realidad: una poesía hija del estudio, y falta, por consiguiente, de naturalidad y de hechizo.

Poco tiempo antes de su muerte, á pesar de la fortaleza que le infundían siempre las tareas literarias para sobrellevar los sinsabores de la vida, y á pesar también de la admiración que le inspiraba la nación inglesa, emponzoñaban su ánimo el recuerdo de la patria y las amarguras del aislamiento. «Hállome (escribía en su citada obra) abandonado de mi patria sin crimen, y expuesto á las calamidades de un espontáneo extrañamiento.»

Otro escritor, animado por el espíritu independiente de su época, pero que no amenguó por ello sus sentimientos patrióticos y religiosos, es el poeta gaditano don José Vargas y Ponce.

Pocas cosas demuestran tan claramente el carácter inseguro y autojadizo del gusto literario en las épocas de transición, como la gloria efímera de ciertos escritores. A excepción de varios críticos y eruditos, ¿quién recuerda hoy día los versos de algunos poetas, cuyo nombre gozaba, en los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del presente, de celebridad honrosa y lisonjera? Vargas y Ponce, el distinguido marino y académico, es uno de estos ingenios olvidados. El público de la era presente ignora que este español insigne fué en su tiempo muy estimado y aplaudido, por su laboriosidad, por su patriotismo, por su talento, y hasta por su humor cáustico y festivo. La historia literaria, al paso que debe permanecer insensible á ese lustre y á ese entusiasmo pasajero que ofusca y avasalla á los contemporáneos, cumple su misión útil y gloriosa resucitando, por decirlo así, nombres á veces con notable injusticia olvidados, y aquilatando el valor verdadero, absoluto ó relativo, de las obras del arte ó del ingenio, que casi siempre encierran una significación moral histórica, que no es dable desatender. Por eso nos complacemos ahora en consagrar un somero estudio al carácter y al talento poético de Vargas y Ponce, que sus amigos llamaban simplemente, con intención familiar y afectuosa, el poeta Vargas.

Compartió su vida entre la marina, las letras y la política. Pero las letras fueron siempre su vocación dominante. En la marina se distinguió como oficial laborioso y brillante, y para la *Biblioteca de marinos ilustres* escribió la *Vida del Marqués de la Victoria* y la de don Pedro Niño. En aquellos tiempos caminaban con lentitud las carreras públicas, y Vargas Ponce, á pesar de sus grandes merecimientos, subió poco en el distinguido cuerpo á que pertenecía. No pasó de capitán de fragata.

Como diputado, en 1813 se distinguió únicamente por su adhesión á la constitución política promulgada en el año anterior. Era liberal de sano instinto, y en la inexperiencia política de aquel tiempo, sólo á muy pocos fué dado columbrar los defectos trascendentales que encierra aquel famoso código constitutivo. Vivió oscurecido desde el momento en que fué derrocado el sistema constitucional, hasta el restablecimiento del mismo en 1820. Volvió á Madrid, nuevamente elegido diputado á Cortes. Individuo de las Academias Española, de la *Historia* y de la de *Nobles Artes*, querido de todos por su dulce y ameno carácter, y respetado por su saber y por su fama, le esperaba acaso la época más apacible y regalada de su vida. Pero le sorprendió la muerte al comenzar el siguiente año de 1821, el mismo en que murió Marchená. Su último escrito fué la *Vida de Ercilla*.

Pocos han empezado la vida literaria con más venturosos auspicios. Cuando la Academia Española, después de premiar el *Elogio de don Alfonso el Sabio*, abrió el pliego que contenía el nombre del autor y proclamó que era obra de un guardia-marina, mozo de veinte años, la admiración fué general. La crítica no era muy vigorosa ni muy profunda; pero el estilo, aunque aliñado y artificial en demasía, era elegante y sentencioso, y el éxito de la obra fué

extremadamente lisonjero. De allí en adelante escribió mucho; porque era infatigable en el trabajo, y las letras fueron para él deleite en la ventura, y consuelo en la adversidad. Mas ya no volvió á lograr un triunfo semejante al que había alcanzado en los albores de la juventud. Fuera de la oda *Al nacimiento de los infantes gemelos*, obra infeliz de la inexperiencia (1783), de la tragedia *Egilona*, y de alguna otra composición de asunto grave, las obras poéticas de Vargas fueron siempre de carácter festivo y familiar. Las más conocidas eran las sátiras *El Peso-duro* y la *Proclama de un solteron*, que fueron traducidas al francés. Empezó Vargas *El Peso-duro* en Cartagena, ántes de 1790, y no se decidió á continuarlo hasta 1806. Después de impreso el primer canto de este poema, emprendió la composición del segundo canto; pero, ó no quiso terminarlo, ó le arredró la indiferencia con que fué recibido el primero; lo cierto es, que no llegó á ver la luz pública.

Vargas, como poeta, fué tratado con áspera, si bien merecida, severidad por sus contemporáneos. Forner, Huerta, Jovellanos, Miñano y otros no le escasearon, ya amistosas advertencias y censuras, ya amargas diatribas y aún violentos ataques. Su laboriosidad (1), sus nobles prendas y su festivo ingenio le granjearon, no obstante, el general aprecio.

No podría formarse cabal idea de la agresiva violencia con que algunos de aquellos literatos se ensañaron con Vargas, si no estampáramos aquí muestras de aquellas recias acometidas. Lo hacemos de buen grado, porque estas muestras patentizan la destemplada intolerancia que reinaba por aquellos tiempos en las letras de nuestra patria.

Forner, en su obra *La Corneja sin plumas*, se entretiene en probar, comparando textos, que el enfático libro de Vargas, *Declamacion contra los abusos introducidos en el castellano*, es en su mayor parte una serie de plagios de Mayans, de Aldrete y del autor del *Diálogo de las lenguas*.

¿Quién (dice) no abominará á Voltaire, que, después de haber imitado la *Mélope* del gran Maffei, enmascarado ruinmente, criticó con impia ferocidad la misma obra que le había servido de modelo? ¿Quién no lee con ceño á Aristóteles cuando le ve comentar las doctrinas de su maestro, y después morderle y roerle las opiniones con sequedad poco ménos que bárbara? Y si esta conducta desagrada tanto en hombres de superior mérito, ¿qué será cuando un pigmeo, un literatillo, cuyo bulto apenas se divisa, abuecando la voz y pugnando para empinarse, exhala bravatas campanudas, cabecea con ceño hosco, y brota su tufo de colerilla chillona en el tablado de un librote zurcido malamente de retales, tal vez de aquellos mismos é quienes piensa lastimar y ofender? Pues no hay duda: tal es la calidad del librote que á fines de 1793 salió á correr mundo con el título de *Declamacion contra los abusos introducidos en el castellano, presentada y no premiada por la Academia Española, año de 1791. Siguela una disertacion sobre la lengua castellana, y la antecede un diálogo que explica el designio de la obra*.

Esta rara mescolanza de declamacion, diálogo y disertacion; este guisote de bodegon literario; este almodrote, que empieza en conversacion, sigue en mision y remata en gaceta.....; ya en estilo de botarga, ya magnífico y de estampido, ya didáctico y pedantesco; este libro no es libro, ni obra, ni diatriba, ni sintagma (2), ni cosa que se parezca á nada de lo que con algun título se ha escrito hasta aquí; porque en el diálogo es pura habladería, en la declamacion pura afectacion y remedo de frases ya caducas y rancias, y en la disertacion puro, ó por mejor decir, impuro robo, rapiña patente, pillaje abominable, hurto y usurpacion vergonzosa. Búsquese en los anales de la literatura un monstruo que se parezca en un solo lineamento á esta produccion del memorable siglo XVIII.

En el año de 1820 publicó Vargas en Madrid una sátira en verso, con este título, que indica su intencion: *Los ilustres haraganes, ó apología razonada de los mayorazgos*. Juzgando esta obra de circunstancias, dice *El Censor* del 21 de Octubre de aquel año, en una carta de *El Madrileño* (3):

Lo primero que vieron mis ojos fué una octava, que le sirve de epigrafe, tomada de aquel detestable

(1) El lectoral de Cádiz, don Antonio Manuel Trianes, varon doctísimo y amigo de Vargas, formó el catálogo de las obras impresas y manuscritas de este escritor. Añadiendo al catálogo algunas que en él faltan, no baja de sesenta y seis el número

de los escritos del insigne marino gaditano.

(2) Tratado metódico. *Sintagma* tituló Gassendi una obra suya sobre la filosofía de Epicuro.

(3) Don Sebastián Miñano. Solia ocultar su nombre, firmando, ya *El Madrileño*, ya *El Holgazán*.

poema de antaño llamado *El Peso-duro*. Bien conocí desde luego que quien se atreve á tomar por texto un trozo de la obra más estúpida que han conocido los siglos, no podia ménos de tener los sesos hechos sueño..... Todavía hay escritores capaces de competir en lo necio con el mismo autor de *El Peso-duro* y de la *Egilona*.

Aunque por instinto y costumbre, más coplero que verdadero poeta, no merecia Vargas, por cierto, tan desmedida acritud y dureza. Era uno de aquellos literatos de vocacion sincera, ingeniosos, perseverantes é instruidos, que por no saber comprender su aptitud especial, abarcan, con ménos fuerza que ambicion, todos los ramos de las letras, y no alcanzan, por lo mismo, á dejar en ninguno de ellos rastros de verdadera luz. Dotado de claro entendimiento y de imaginacion movediza y amena, si no fecunda y creadora, no quiso limitarse á cultivar la prosa, en la cual sobresalió desde edad muy temprana, y no tardó en caer en la tentacion de penetrar en los elevados espacios de la poesía. Pero, aunque lleno de ingenio lozano y zumbon, carecia de verdadero estro poético. Por eso brilló únicamente en el género satírico y festivo, desluciendo no poco sus agudos chistes con los rasgos chocarreros de que están sembradas sus poesías.

Del Peso-duro, calificado, como se ha visto, de obra estúpida por desabridos críticos, sólo ha llegado á nuestras manos el primer canto (1). No sobresale ciertamente ni por el aticismo poético, ni por la claridad y el órden de la narracion. Sólo pueden ser leídas sin enfado algunas octavas, como aquellas en que recuerda el *Peso-duro* las imprecaciones de una negra de Angola, esclava de un minero del Perú, que ha visto morir á su hijo, víctima de un hundimiento de la montaña, ó algunas dos ó tres más, en que campean el ingenio travieso y á veces mordaz de Vargas.

Hé aquí las octavas:

Cabe una gruta de codicia insana,
Cavada por sacar oculto oro,
Sed insaciable de la raza humana,
Alaridos sentí y amargo lloro.
Con rabia mujeril, atroz y vana,
Bramaba, cual herido y fiero toro
Que se azota los cuernos con la cola,
Una atezada hija del Angola.....

.....
Un hijo desdichado
Perdió á su vista; con la pena y saña,
Frenética la madre se mordía,
Y así fiera y demente maldecía:
«Mal haya de aquel príncipe tirano

Que en mi nativa Angola me vendiera,
En vez de padre, mercader villano,
No mi defensa, mi verdugo fuera.
La sordidez mal haya del britano,
Que en maldad que conoce, persevera,
Y para despoblar mi triste playa
Huye su esposa y surca el mar: ¡mal haya!
»Y tú, hipócrita vil, que en blandas voces
Mi ánima ciega dices iluminas,
Predicándome un sér que desconoces,
Tu Dios no siendo sino viles minas,
Plegue al destino cuitas tan atroces
En tí se ceben; llores tus ruínas
Desolado cual yo, sin dulce hijo,
Sin tu patria y tu Dios.» Así maldijo.

Al pasar la Estigia el *Peso duro*, encuentra diferentes vicios de la sociedad humana satíricamente simbolizados:

Por allí á comision grave y secreta,
Mintiendo tocas ó disfraz humano,
Iba el *Embuste* en manto de alcahueta,
La *Trampa* de alguacil, su vara en mano;

El *Temor* como esclavo con su geta,
La *Embriaguez* de cochero simoniano,
La *Insolencia* con aldas de estudiante,
Y la *Inutilidad* como maestrante.

(1) Impreso en Madrid, en 1813, en la imprenta que fué de Fuentenebro.— Hemos buscado el manuscrito del segundo canto en las colecciones de los principales bibliógrafos de Madrid. Hemos escrito con el mismo objeto á nuestros amigos de Sevilla y Cádiz. Todo en balde. Hemos adquirido la conviccion, después de hablar con personas que intervenian por aquel tiempo en la citada imprenta, que

el segundo canto del *Peso-duro* no llegó á darse á la estampa. Fernan Caballero nos ha escrito con este motivo lo siguiente, desde Sevilla:

«No hay biblioteca pública y particular, librería y baratillo en que no se haya buscado el segundo canto; pero nada: todos creemos aquí, como usted, que no fué impreso, pues la parte final del primero no creo seduciria á nadie para leer el segundo.»

La *Soberbia* se puso de golilla,
La *Avaricia* ¡bribona! de sotana,
Ira sin naguas fuera nao sin quilla,
Lujuria de basquiña gaditana;
La *Gula*, por supuesto, con capilla,
Envidia con refajo de villana;
De puro inerte sin disfraz, ¡oh hallazgo!
La *Pereza* salió de mayorazgo.

La *Discordia* de suegra tomó el as,
La *Ignorancia* de médico el enves,
La *Locura* de músico el compas,
La *Fatuidad* los aires de marqués;
Al *Descaro* el cordon le vino al ras,
De bolero el *Desorden* buscó piés,
El *Chisme* fué muy hueco con monjil,
Y de fraile y mujer vicios cien mil.

También merece citarse aquella octava en que el *Peso-duro*, recordando que el avaro minero de Lima lo sepultó en una talega, exclama:

De mi estrecha prision el tiempo ignoro.
Eterna noche, sin la luz del día,
Y de un propio color la plata y oro
Me hicieron larga y zonga compañía.

Lo mismo son carbones que tesoro
A sordidez que los soterra impía;
Si en ocultarlo su placer encierra,
¿No estaba más oculto bajo tierra?

Vargas ejercitaba singularmente su ingenio en la activa correspondencia que seguía con sus innumerables amigos aficionados á las letras. Se complacía muy especialmente en esta familiar tarea, que cuadraba del todo á la amenidad de su índole. Muchas cartas suyas se conservan todavía, y en casi todas ellas se advierte la especie de fruición con que se entregaba sin tasa, y muy á menudo con gusto poco acrisolado, á su carácter expansivo y chancero.

En verso escribió, además de las sátiras en afectado estilo, la tragedia titulada *Egilona*, que le acarreó una reprensión amigable de Jovellanos, «por malgastar el tiempo en cosas para las cuales no era su ingenio» (1). También compuso abundante copia de poesías fugitivas, inspiradas las más veces por circunstancias de carácter íntimo. El inexorable Huerta llamaba á estas poesías, hijas de genialidad jovial, y no de inspiración, *mentecatas de Vargas* (2). Solía éste intercalar en sus cartas versos festivos y ligeros. De ellos tenemos algunos á la vista, los más de carácter burlesco, escasos de buen gusto y de elegancia, pero no de donaire y de satírico desenfadado. Su fama como poeta fué, como debía ser, pasajera. Aunque insigne *humanista*, y hombre de ingenio original y agudo, no supo remontarse nunca en alas del sentimiento y de la fantasía, y no mereció en verdad elevado puesto en los campos gloriosos de la verdadera poesía.

El poema de *Vargas* que no debe quedar sepultado en el olvido, es la sátira titulada *Proclama de un solteron*, única, entre sus obras, digna de sobrevivir al simpático marino en la opinión severa de la posteridad. Don Juan Nicasio Gallego enmendó con su elegante y correcta pluma algunos pasajes, y si, después de haber pasado por el crisol de las correcciones del ilustre académico y poeta, quedan todavía en la *Proclama* algunos rasgos de gusto sobrado libre y chocarrero, no puede negarse que está escrita con seductor desembarazo, y que rebosa en esta obra la sal de la sátira verdadera.

Otro poeta, el caballero alavés don Pablo de Jérica, amigo de Moratin, Gallardo y otros literatos de nota, debió su fama, que la posteridad no ha consagrado, más bien á sus opiniones liberales y á las persecuciones políticas de que fué objeto, que á su talento literario. Pobre imitador de los poetas salmantinos, sólo demostró algún ingenio en fábulas, cuentos jocosos y epigramas, no siempre faltos de agudeza, pero sí de intención moral, fecunda y elevada. Como constitucional fervoroso, fué, en 1814, desterrado al presidio de Melilla por diez años y un día. Pudo evitar el golpe emigrando á Francia en compañía de varios deudos y amigos suyos. Ya seguro en tierra extranjera, burlábase de la persecución en estos versos:

(1) Papeles del señor don Martin Fernandez de Navarrete.

(2) Idem.

Bien pudiera, como Ovidio,
Llorar también mi destierro,
Aunque no estoy en Melilla,
Sino en París, salvo y bueno.
Mas, en vez de escribir *tristes*,

Escribiré alegres versos:
Con Demócrito me entierren,
Que á Heráclito le prefiero....
Y no hay más patria en el mundo
Que vivir libre y contento.

Con un alma poco entera y sufrida, y prendado además de la civilización francesa, no pudo *Jérica* sobrellevar con paciencia los amargos sinsabores que le acarrearón los trastornos políticos de la nación. Sus sentimientos de español se entibieron, y el antiguo patriota acabó por tomar carta de naturaleza en Francia.

El sesudo y laborioso escritor alemán Fernando Wolf daba hartó subido valor á las poesías de *Jérica*. Se pagaba demasiado del desenfadado y de la soltura de este escritor mediano, al paso que confesaba sin dificultad que carecía de vigor y de originalidad.

Don Cristóbal de Beña, educado con las ideas políticas y literarias de los últimos años del siglo XVIII, era hombre de vivo y clarísimo ingenio. Versificaba con soltura y gala. Don Angel de Saavedra, después duque de Rivas, le trató íntimamente en Cádiz, por los años de 1812, y de sus labios hemos oído muchas veces los triunfos que allí alcanzó *Beña* como poeta repentista. Tres sonetos suyos, improvisados, conservaba el Duque en la memoria, y por cierto que justifican cumplidamente el éxito que alcanzaban en Cádiz los versos de *Beña*. Hé aquí uno de ellos, notable en verdad por la energía y la sencillez de la expresión, y por la claridad con que en él se refleja el encono que inspiraba en Cádiz la invasión francesa, y la ira que produjo la primera moneda que llegó allí con la efigie de José Bonaparte:

SONETO.

De las Españas y las Indias rey
Se titula en su busto el baladron,
Por llamarse no más Napoleón
Y mandar de asesinos una grey;
Mas quiebra de verdad la eterna ley
En darse ese dictado fanfarron,

Pues no le pertenece ni un terron
De los que arando rompe el tardo buey.
No importa, no, que pérfido cincel
Una en su escudo el águila imperial
Con los leones que se burlan dél,
Y con la insignia de Aragón fatal:
La patria mia borrará con hiel,
De union tan execrable aún la señal.

Era *Beña* liberal de buena fe, como casi todos los de aquel tiempo, y siguiendo el impulso literario que había nacido en el reinado de Carlos III, y duraba todavía, dióse á escribir fábulas, que era uno de los ramos más corrientes de la literatura al uso. Para prestar colorido original á un género tan manoseado, dió á sus fábulas un objeto político, como Iriarte había dado á las suyas un objeto literario. Las fábulas políticas de *Beña* fueron tasadas por la opinión de la gente ilustrada en más de lo que en realidad valían. Abogaba por ellas el espíritu liberal que las había inspirado, y á más de su mérito real, resplandecía en las fábulas principalmente el mérito aparente de que reviste fácilmente á las obras de ingenio y arte el entusiasmo pasajero de las circunstancias. Ahora, que han pasado las ilusiones de aquel tiempo, las celebradas fábulas de *Beña* parecen lo que son: obras medianas, en que el fin político se reduce á máximas triviales, que el autor no sabe realzar siquiera con la novedad de los argumentos y la perfección de la forma. El lozano versificador ha decaído, y la originalidad es tan escasa, que si bien con aplicación moral diferente, asoman en el fondo de algunas fábulas los pensamientos de Iriarte y Samaniego. La titulada *El Escoplo, el Mazo y el Carpintero*, recuerda, empobrecida, la idea de *El Pedernal y el Eslabon*, mientras que *Las Ranas y el Sapo* es una imitación poco feliz de *Las Ranas pidiendo rey*. Entre las pocas que pertenecen completamente á *Beña*, hay una, *La Escalera de mano y el Farolero*, digna de especial mención por lo ingenioso y sencillo del pensamiento fundamental.

Beña escribió muchos versos líricos inspirados por el impulso de la libertad (1). Hoy han

(1) Las más de estas poesías se publicaron en Londres, con este título: *La Lira de la libertad* (1813).

perdido el transitorio encanto que les dieron las circunstancias históricas del tiempo en que fueron escritas. Su valor literario es cortísimo. Distan mucho de la elocuente energía que sabe dar *Quintana* á la expresion de los grandes sentimientos de la patria.

No debemos olvidar por completo, como la posteridad lo ha olvidado, al honrado patricio y mediano escritor *don José Mor de Fuentes*, cuyo nombre ha sonado en la prensa durante medio siglo, sin que el rumor de la celebridad, que fué grande, llegase á ser nunca, para él, el rumor de la gloria. De ánimo inquieto, emprendedor y laborioso, y empleando en todo su obstinacion aragonesa, abarcaba con laudable pero extraviada ambicion ramos del saber diferentes é inconexos. Historia, política constitucional, filosofía, agricultura, crítica literaria, novela, poesía épica, poética, comedia, sainete, poesía lírica en varias lenguas; estos y otros diferentes géneros científicos y literarios eran otras tantas tentaciones en que caía con sobrada facilidad el incansable *Mor de Fuentes*. En todas sus obras hay rasgos de talento y prendas estimables; pero su gusto no se formó nunca. Ni su carrera de ingeniero de marina, ni su autoridad de escritor, llegaron á sazón verdadera. Aunque hablista abundante, su estilo suele ser afectado, y su lenguaje adolece siempre de desigualdad, y á menudo de extravagancia y artificio (1).

En edad muy avanzada (74 años) publicó en Barcelona una relacion autobiográfica (2), en la cual, al paso que con el más candoroso engreimiento se colma de alabanzas, trata con rigor implacable á muchos personajes esclarecidos de nuestra nacion. Para *Mor de Fuentes*, el ilustre y sesudo hombre de Estado Conde de Floridablanca no fué sino un *hombre en extremo superficial y aun ignorante*; en Cienfuegos, á quien en 1796 habia confiado la correccion de sus poesías ántes de darlas á la estampa, no ve ya más que *desentonos estrambóticos y lenguaje ramplon, bronco y enigmático*; las comedias de Moratin son, en su juicio, unos *sainetes largos, salpicados de dichitos más ó ménos oportunos, que solia ir á recoger entre las verduleras*; llama á Salvá *sandío y criticastro*, y á su célebre gramática, *un farrago y una valencianada* (3); califica á don Juan Nicasio Gallego de *galleguísimo*; del admirable *Don Alvaro*, del Duque de Rivas, dice que es *un comedián de Pedro Bayalarde*; el estilo de Martínez de la Rosa es, á sus ojos, *el yerto prosaismo del chusco Martínez*; la elevada poesía de Quintana, *altisonante gerigonza, alternada con renglones rastreros*; y por último, la inspiracion ideal de Lamartine, *los yertos sollozos del poeta lloron*. Sólo Rosa Galvez y Melendez Valdés hallan gracia ante el tremendo tribunal del inexorable y atrabiliario crítico.

Las prendas y defectos del alma asoman siempre en las obras del arte ó del ingenio. *Mor de Fuentes*, dotado de corazon noble y generoso, empañaba y aun esterilizaba sus estimables cualidades con su desmedida soberbia literaria. La intolerancia y el desabrimiento que se advierten á cada paso en su autobiografía, no eran sólo achaques de la edad cercana al término de la vida, en que se ven las cosas sin el embeleso de la ilusion, que las colora y engrandece; era el amor propio, que cegaba á *Mor de Fuentes* hasta despojar su entendimiento de toda justicia y de toda indulgencia. Su vida literaria está sembrada de rasgos visibles de este deplorable impulso moral (4). En suma, en *Mor de Fuentes*, el hombre valia más que el escritor; y en el escritor, más el narrador que el crítico y el poeta.

(1) Su traduccion del *Werther*, de Goethe, está hecha, directamente del alemán, en el lenguaje más enredado y extraño que imaginarse puede.

Mor de Fuentes se atreve hasta á inventar palabras como *ayertar por helar*:

Ora mi triste corazon ayerta.

(*Poesías varias*; imprenta Real, 1796.)

(2) *Bosquejillo de la vida y escritos de don José Mor de Fuentes*, delineado por él mismo (1836).

(3) Estaba muy ofendido de estas palabras de Salvá:

«Vargas Ponce y Mor de Fuentes carecen de fluidez, particularmente el segundo, que es de una dureza insoportable.» (Introduccion á la *Gramática*.)

(4) Sirvan de ejemplo los siguientes, entre otros infinitos:

«No quise publicar mi poema *La Abatomaquia*, por no apesadumbrar á Quintana, pues algun pasagonzalo habia de llevar.....»

«Se me proporcionó leer la *Poética* de Martínez de la Rosa, recién impresa en Paris. Parecióme el

De poeta, en verdad, tenia muy poco. Nadie, sin embargo, ha abrigado con mayor fuerza y con menor fundamento la ilusion de que Dios le habia dotado con pródiga mano del fuego sagrado de los grandes poetas. Por los años de 1833 á 1836 apremiaba en Barcelona al generoso é ilustrado editor é impresor señor Bergnes para que publicase sus versos, que eran infinitos. *Mor* pasaba allí una vida llena de escaseces y penalidades, y Bergnes, conculido de aquella triste situacion y de aquel tan estéril como inagotable entusiasmo, se prestó á publicar, y lo que es más, á pagar, aquellas poesías, que nadie leía ni compraba. Esta condescendencia hubo de tener término; y *Mor*, acosado por la miseria, se retiró á su pueblo, Monzon, en donde residian parientes suyos acomodados. Pero el buen *Mor*, cuyo genio, excesivamente franco y satírico, se tornó, con los años, brusco, desabrido y sarcástico, se habia hecho antipático á sus deudos y á sus paisanos, á los cuales ridiculizaba y ofendia. Nadie quiso recibirlo, y el pobre anciano tuvo que mendigar un asilo donde esconder su indigencia y su aislamiento. Lo encontró al cabo en casa de un sastre, casi tan pobre como él, que se condolió de tanta desventura; y aquel laborioso escritor, que algunas veces, no sin fruto y celebridad, habia cultivado las letras en el espacio de más de medio siglo, murió, oscurecido y no llorado, sobre un mugriento jergon, en un desvan miserable y desabrigado.

CAPÍTULO XVIII.

Invasion francesa.— Límite moral del siglo XVIII.— Poetas nacidos y educados á fines del mismo siglo, que han escrito en el presente sus principales obras.— Arriaza.— Maury.— Solís.— Gonzalez Carvajal.— El padre Bogiero.— Gallego.— Búrgos.— Silvela.— Perez de Camino.— Somoza.— Navarro.— Hidalgo.— Gallardo.— Tapia.— Poetisas notables.— Poetisa anónima.— Doña Isidra de Guzman, doctora y académica.— Doña María de Hore.— Sor María Helguero.— Doña Rosa Galvez.— Fin del *Bosquejo histórico*.

Los siglos, en su espíritu, carácter é influencia, no terminan cuando, segun las leyes convencionales de la cronología, se completa el periodo numérico de los años. El siglo XVIII, considerado en tal sentido, no acabó en el año de 1799. Sus tendencias y sus fuerzas morales, si bien algun tanto modificadas, viven todavía y vivirán largo tiempo en Europa. Sólo grandes acontecimientos, que alteran gravemente el sér de las naciones, pueden servir de límite moral en los anales de cada una de ellas. En España, la invasion francesa de 1808 produjo un sacudimiento profundo en la vida del pueblo español y en el carácter peculiar de su antigua civilizacion, y puede tomarse prudencialmente por lindero entre los siglos XVIII y XIX. Por eso no juzgaríamos completa la reseña histórico-crítica de los poetas más notables del último siglo, si no agregáramos á los ya mencionados otros varios que han escrito en el presente sus principales obras, pero que, habiendo recibido las nociones fundamentales de su educacion literaria en el siglo XVIII, á él pertenecen todavía por su estilo y por sus principios. Sólo creemos deber excluir á algunos escritores, tales como el Duque de Frias, Rementería, Fernandez Baeza, Martínez de la Rosa, el Duque de Rivas, Gil de Zárate, Mora, Galiano y otros, que aunque formados con las ideas críticas de aquel siglo, entraron despues, con ma-

poema vulgar en la doctrina y fríisimo en la ejecucion, con cuyo motivo concluí en cuatro ó cinco semanas otra *Poética* en doce cantos. En ella los preceptos van siempre material y formalmente acompañados del ejemplo.....»

«Conocia á usted mucho, me dijo Godoy (el Prín-

cipe de la Paz).... Aunque la persona no venia, añadió con halagüeña sonrisa, me llegaban sus escritos. Y siguió en estos términos, casi requebrándome como á una Dulceína, por donde inferí que no era Godoy tan irracional como suponiamos.» (*Bosquejillo de la vida y escritos de Mor de Fuentes*.)